

comprometido por su hermano a desposar la hija de Aguirre. Veamos cómo.

Después de la muerte de Ursúa, la pandilla de asesinos que había entronizado en su cargo de Príncipe a don Fernando, se acercaba a pedirle cargos y prebendas, y lo que era más curioso: la posesión de mujeres del Perú que sin duda habían codiciado en silencio desde largo tiempo, y que soñaban con poseer con tanta furia como los cargos y riquezas". "... el cual había ya comenzado a repartir entre ellos no solamente los repartimientos, peor aún las mujeres de los vecinos, todas las que eran hermosas cada uno escogía para sí la que más le agradaba" (22).

"Y había algunos—añade el cronista poco después—que llegaban delante de don Fernando, su negro príncipe y le decían: Señor, una merced vengo a suplicar a Vuestra Excelencia, y házeme de aceptar antes que diga lo que es. Y Su Excelencia decía luego: Diga; nada se les puede negar. Y así comenzaba el suplicante: La merced que me tiene otorgada... en tal pueblo de los del Pirú yo procuraré de hacer menos el tal vecino, y luego sea su repartimiento mío y la mujer que tiene. A esto: Hacerse ha de esa manera" (23).

"A este aguerrido general (Don Fernando)—cuenta la "Relación Anónima"—se acercaba uno y decía que le gustaba doña Jordana la muger del gobernador Verdugo, que mataría a éste al llegar al Pirú y que se le diese su mujer y repartimiento. A esto contestaba el futuro Príncipe del Pirú: Señor, matad vos al comendador que os hago la merced y aún es poco..." (24).

9) LA MUERTE DE DOÑA INES

Hora es ya de volver a seguir el curso, ya en sus últimos recodos, de la bella doña Inés, en cuyo trágico final iba a tener parte decisiva el tirano Aguirre, que entretanto, y a consecuencia de los últimos hechos que dejamos reseñados, había conseguido gran predicamento y era prácticamente el dueño del real. "Viéndose ya Lope de Aguirre con menos enemigos, por ser ya

(22) *Ibid.*, p. 58.

(23) *Ibid.*, p. 59.

(24) "Relación anónima", ed. Jos, p. 235.

muerτος el Juan Alonso de La Bandera y Cristóbal Hernández y vuelto en su oficio (con que era segunda persona del campo y emparentado por el casamiento de su hija con el don Fernando), hacía demostraciones en toda ocasión que se ofrecía de la mucha amistad que había entre los dos, pretendiendo con esto dar a entender a todos, que por su mucha privanza no se haría en el Real otra cosa que lo que él ordenase, con que le irían acrecentando amigos de aquellos que lo son de arrimarse a las sombras de favores por intereses particulares" (25).

Con esta privanza, pues, y la autoridad que así mismo se atribuía, tenía que acabar Aguirre con la vida de doña Inés. Después de uno de los múltiples descansos en las márgenes de la selva, junto al río, se trataba de acomodar nuevamente a la gente en las balsas para seguir la expedición. "En este comedio, poco antes que se acabasen del todo los bergantines, hubo ciertas pasiones entre Lope de Aguirre y el capitán de la guardia de su Príncipe, que era Lorenzo Salduendo, el cual se había amancebado con doña Inés, que hemos dicho fué amiga de Pedro de Ursúa y tenía asimismo por comadre, y aún por más, aún a doña María de Sotomayor, mestiza, y por los lugares de estas mujeres, y por ciertos colchones que querían llevar en los bergantines, el maese de campo no quería, que decía que ocupaban mucho; por lo cual, enojado el Lorenzo de Salduendo dicen que dijo delante de las mujeres, arrojando una lanza que tenía en la mano: —¡Mercedes me ha de hacer a mí Lope de Aguirre!—. Juntóse con esto que la dicha doña Inés dicen que había dicho un día antes, estando enterrando una mestiza que se la había muerto: —Dios te perdona, hija, que antes de muchos días tendrás muchos compañeros... El Maese de Campo determinó de matar a Lorenzo de Salduendo... y luego mandó a un sargento suyo, llamado Antón Llamoso, y a un Francisco de Carrión, mestizo, que fuesen a matar a doña Inés; los cuales fueron y la mataron a estocadas y cuchilladas, que era gran lástima della, y robarónle cuanto tenía" (26).

En parecidos términos refiere el lastimoso suceso la "Relación Hernández", aunque es de interés repetir aquí su versión,

(25) FRAY PEDRO SIMÓN, *Sexta Noticia Historial...*, cap. XV, p. 271.

(26) "Relación de Pedro de Ursúa...", p. 67.

por los comentarios, aunque muy breves, que le merece la persona de doña Inés, cuya belleza fué evidentemente admirada por todos. "Cuando fueron a embarcarse ordenó Aguirre que nadie pusiese caja o colchón para ir más holgadamente la fuerza. Doña María, la amiga de Salduendo anterior a doña Inés, suplicó a éste que consiguiera permiso de Aguirre para poner una caja con ropa de sus hijos y un colchón. Negóse el mestre, y habiendo dicho que Salduendo y doña Inés decían ciertas cosas, hizo matar al primero y envió contra la segunda a dos muy grandes bellacos, íntimos amigos suyos, el uno le dió de aguzajos y el otro la tomó por los cabellos y le dió sobre veynete puñaladas y así acabó la pobre señora que era la mayor lástima del mundo. Esta era la más linda dama que en Perú quedaba a dicho de cuantos la conocieron y los bellacos que la mataron se llamaban Antón Llamoso que era criado de Pedro de Ursúa y el otro un mestizo llamado Hernando de Carrión" (27).

Todavía, aparte la mala voluntad del misógino Aguirre, influyó en la muerte de doña Inés un eslabón más de la cadena de los codiciosos de su cuerpo, que deseaba eliminar a Salduendo para heredar el goce de la belleza de la sin igual mestiza. El ya propenso ánimo de Aguirre lo envenenó otro apasionado, cuyo nombre calla esta vez el anónimo cronista, Aguirre se rodeaba de los que tenían inclinación a robar y matar. Uno de estos "niculas de susaya, por tener a doña Inés, dijo a Lope que Salduendo lo quería matar inducido por ella. Aguirre ordenó la muerte de ambos acompañándose de 40 hombres. Poco después con 50 mató al príncipe y capitanes y el mismo Aguirre el clérigo Herrera" (28).

A pesar de la sanguinaria condición de Aguirre, no se le escondía un fondo de verdad, que era la nociva influencia que en un ambiente como el que tenían que soportar forzosamente los hombres de una expedición como aquella, tenían que tener las mujeres, siempre codiciadas, y mucho más cuando la falta general de ellas las hacía parecer más deseables a los que no las tenían y contemplaban en cambio el goce de los otros. Así, poco después de la muerte de doña Inés decía Aguirre: que

(27) "Relación Hernández", ed. Jos, pp. 237-8.

(28) "Relación anónima", ed. Jos, p. 246.

"había de matar a todas las malas mujeres de su cuerpo, porque éstas eran causa de grandes males y escándolos en el mundo, e por una que el gobernador Ursúa había llevado consigo, habían muerto a él y a otros muchos" (29).

10) DOÑA INÉS, MITO DE AMORES

La belleza de doña Inés de Atienza y su atractivo debieron ser tales, que su persona se convirtió en un mito que pasó a manos de los poetas. Juan de Castellanos le compuso un epitafio, que naturalmente quedó escrito en las nubes de la fama, ya que nunca pudo ser puesto en la tumba de la desgraciada dama. Dice así:

*"Conditur his lauris prefulgens forma puellae.
Quam tulit insontem sanguinolenta manus.
Gloria sylvarum est extinctum cenere corpus.
Ast homini vivens displicuit facies"*.

(Se esconde en estos laureles la espléndida belleza de una doncella, a la que, inocente, mató sangrienta mano. Su cuerpo convertido en ceniza es la gloria de las selvas, pues viva, su belleza desagradó al hombre) (30).

11) REHENES FEMENINOS EN LA ISLA MARGARITA

Todavía, liquidada trágicamente la que había sido causa, aunque involuntaria de estas muertes, tenían que desempeñar las mujeres papeles importantes en la novelesca expedición, conducida desde ahora por la mano criminal de Lope de Aguirre.

Cuando llegaron al fin a la isla Margarita, las mujeres de la isla sirvieron a Aguirre en varias ocasiones como rehenes para llevar a cabo sus atrocidades y tener en su mano al Gobernador de aquella y a sus principales vecinos, "... y contra los de

(29) "Relación de Pedro de Ursúa", p. 98.

(30) JUAN DE CASTELLANOS, *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, 1.ª parte, elegía XIV, ed. B. AA. EE., t. IV. Madrid, 1847.

la isla, a los cuales mandó luego prender a todos con sus mujeres, y los llevaron a la fortaleza..." (31).

Digamos, aunque de pasada, que a la llegada de Aguirre a la isla nos encontramos con otra mujer destacada, que hacía nada menos que Oficio de Gobernadora, si bien, por delegación suya ejercía los poderes un varón. "Era Gobernadora perpetua de la isla Margarita, doña Aldonza Manrique, y en nombre suyo desempeñaba este cargo su yerno el referido Villardrando..." (32).

"Para que no se fuesen los vecinos—dice la "Relación Anónima"—ponía presas a sus mugeres y las tenía con su hija a quien quería más que a su vida, más era aquel querer del diablo que poca ocasión había para matalla o descalabralla o cortarle los cabellos y deziale muchas veces: por vida tal vellaca, que tomáis las mañas de las vezinas de la Margarita" (33).

Por habérsele huído dos soldados, tomó como rehenes a la mujer e hija del alcalde, exigiéndole que los buscara y trajese. "Por esta causa y por miedo de las puyas que decían que había muchas en los caminos, envió a prender a la mujer e hijas de Chavez, el Alcalde, que antes había prendido; y le tenía consigo diciéndole que si no le buscaba los dichos soldados y se los llevaba, o enviaba a do quiera que estuviesen, que le había de llevar dicha mujer e hija que tenía casada... y salió del pueblo llevando la muger e hija del dicho Alcalde, dejando el dicho pueblo, quemado y destruído y robado" (34).

El procedimiento le daba, por lo visto, buen resultado pues lo repitió en numerosas ocasiones. En otro pueblo y por idéntico motivo, se repitió la fiesta. Aguirre, que aborrecía a las mujeres, conocía bien su fuerza. "Sabed—le dijo a otro infortunado—que si no me buscáis los dos soldados que se me han huído... que os tengo de llevar vuestra muger e hijos, y la mujer de don Julián de Mendoza, vuestra hija; y por esto abrí el ojo y hacé lo que digo si queréis excusar que no haya una gran crueldad en vosotros. Y el dicho alcalde con gran diligencia procuró de buscar a los dichos soldados, y como en aquellos

(31) "Relación de Pedro de Ursúa...", p. 100.

(32) "Relación de Ursúa...", p. VII.

(33) "Relación anónima", ed. Jos, p. 247.

(34) "Relación de Pedro de Ursúa...", p. 127.

dos días no los pudo hallar, el perverso tirano les llevó las mujeres al dicho Alcalde y Alguacil mayor don Julián, y dejó el pueblo quemado, destruído y robado, y las mujeres todas a pie, que serían diez o doce, camino de Valencia..." (35).

La atención con que las distinguía hizo probablemente que las mujeres de la isla tomaran la iniciativa que ya iba faltando a los varones, asustados, para sacudirse de sobre sí aquella plaga que se les había venido. A lo menos, como conspiradoras fueron asesinadas dos mujeres por Aguirre, según nos informan los cronistas. "A una mujer de un vecino de la isla, llamada Ana de Rojas, la ahorcó del rollo de la plaza, y le tiraron muchos arcabuzazos porque dijeron al tirano que Villena entraba muchas veces en su casa desta mujer y que allí se concertaba el motín y que ella era sabidora dello. Envió asimismo a matar al marido de la dicha Ana de Rojas, que se llamaba Diego Gómez, que era un hombre viejo y enfermo, que estaba curándose en una estancia, una legua del pueblo" (36).

He aquí la sentencia de la otra conspiradora o encubridora: "Estando ya casi de camino el tirano, y el navío echado al agua, que se había acabado, mandó ahorcar una mujer de la isla que se decía fulana de Chaves, porque de su casa se le huyó un soldado de los que en esta isla se le allegaron, porque decía que esta mujer lo supo y no le avisó" (37).

Otra vez salió la clemencia, no contra mujeres, pero sí por intercesión de una mujer, su propia hija. Se le habían también huído a Aguirre otros dos soldados: Diego de Alarcón y Pedrarias de Almesto, a quien debemos otra de las siete relaciones que nos han conservado los hechos de Ursúa y Aguirre. El tirano hizo matar al primero, pero perdonó al segundo por ruegos de su hija, aunque debemos reconocer que no fué ajeno otro motivo más interesado, según dice, no sin ironía, el mismo Almesto, ya que Aguirre deseaba acabar "con el mismo pendo-lista la carta que había comensado para S. M..."

El prologista de la edición que manejamos, Feliciano Ramírez y Arellano, comenta el perdón dado a Pedrarias de Almesto en la siguiente forma: "La intervención de la hija del tirano,

(35) *Ibid.*, p. 128.

(36) *Ibid.*, p. 115.

(37) *Ibid.*, p. 116.

a que, como rumor solamente y con cierta pudorosa discreción, se alude en el manuscrito J. 142, permite sospechar, sin gran temeridad, alguna relación amorosa entre el perdonado y la caritativa y hermosa mestiza. Si a esto se une el entrañable cariño que el padre le profesaba, pues más adelante se dice que "se miraba en ella" y el haberla asesinado en el momento en que vió huir, ya definitivamente, al Pedrarias, quedará satisfactoriamente explicado el rasgo de piedad nunca visto en el tirano" (38).

12) LA MUERTE DE ELVIRA DE AGUIRRE

Al fin llegó la muerte del tirano, y con ella la de su hija querida, última mujer que asoma su trágica figura, como remate de esta expedición en que tuvieron parte tan decisiva las mujeres. Cuando se vió solo y sin posibilidades de escapar, su primer pensamiento fué asesinar a su hija para no dejarla en manos de sus enemigos, tremendo crimen, pero que no deja de encerrar una grandeza trágica. "Este al ver que sólo le quedaban cinco o seis soldados, entró en el fuerte diciendo que iba a ver a su hija, porque cosa que yo tanto quiero no venga a ser colchón de vellacos. Al anunciar su propósito se le abrazó la hija diciendo no me matéis padre mío que el diablo os engañó. El tirano le dió tres puñaladas dando gritos diciendo: ¡hija mía!" (39).

No creemos que sea inoportuna la inclusión aquí de las versiones dadas por los otros cronistas, pues lo requiere la importancia del suceso, y son éstas más vivas en su descripción que la citada: "Viéndose solo—dice la "Relación Hernández"—Aguirre fué a donde estaba su hija con una mujer muy honrada y le dixo: Encomiéndate a Dios que te quiero matar. La hija dijo: ¡Ay padre mío, el diablo os engañó! Hija, cata allí aquel crucifijo y encomiéndate a Dios". Quiso disuadirle la mujer, quitóle el arcabuz, pero con su daga, Aguirre dió de puñaladas a su hija quien encomendándose a Dios decía: "Basta ya, padre mío, y así la acabó allí de matar" (40).

(38) *Ibid.*, nota al pie, p. 136.

(39) "Relación anónima", ed. Jos, p. 250.

(40) "Relación Hernández", ed. Jos, p. 241.

La "Relación de Ursúa" refiere: "... y viéndose solo, sin ninguno de sus marañones, desesperado reinando el diablo en él, en lugar de arrepentimiento de sus pecados... fué dar de puñaladas a una sola hija que traía en el campo, mestiza y muy hermosa, y que se miraba en ella. Y cuando la mató, dijo que la mataba porque no quedase entre sus enemigos, ni la llamasen hija del tirano... y viendo al tirano y a su hija cave él, llena de heridas, sabiendo quién era y cómo la había matado, se espantaron todos de tan cruel hecho y lo afearon mucho al tirano la maldad que había hecho; el cual respondió lo que digimos arriba y tuvo por menos mal matarla que dejarla viva..." (41).

A pesar de ser hija de hombre tan odiado y ruín, el Gobernador de Barquisimeto le dió allí honrosa sepultura a Elvira de Aguirre, que había sido la única flor limpia y delicada en aquel espeso ramo de crueldades y matanzas. Su basquiña y corpiño, según cuenta Piedrahita, con las señales de las heridas, se conservaron largo tiempo en Tocuyo, la misma ciudad en donde en una jaula de hierro, estuvo también largo tiempo expuesta la cabeza de Aguirre.

Una anécdota graciosa nos va a permitir cerrar este capítulo impregnado de tragedia, con un final más divertido, que corre también—pues hemos de ser fieles a nuestro propósito—a cargo de mujeres. He aquí cómo lo cuenta un cronista. "Fué tan grande el ruido y alboroto que hubo cuando mataron al dicho Maese de Campo dentro de la fortaleza, que las mujeres y vecinos de la isla que estaban presos en la misma fortificación, pensaron que a todos los querían matar, y en especial las mujeres que unas se metían debajo de las camas, otras detrás de las puertas y en los rincones, y una María de Trujillo, mujer de Hernando de Riveros, se arrojó por una ventana de la fortaleza a la calle, y dió gran golpe, por ser mujer carnuda, pero del miedo no lo sintió y se fué luego a esconder" (42).

(41) "Relación de Pedro de Ursúa...", p. 181.

(42) "Relación de Pedro de Ursúa...", p. 104.

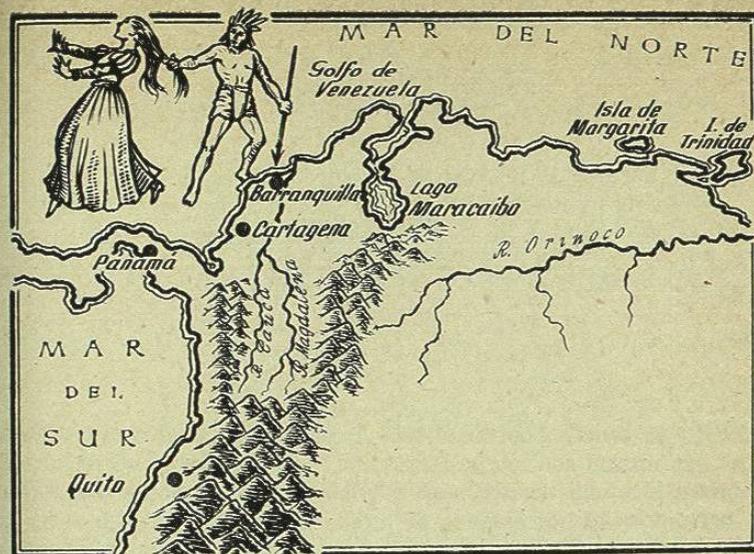
13) OTRA MUJER GOBERNADORA DE LA ISLA MARGARITA

Aunque no corresponde a los años de la expedición de Aguirre y a su llegada a la isla Margarita, sino a unos pocos antes, no debemos perder la ocasión de dar noticia de otra mujer que gobernó también la isla, además de doña Aldonza Manrique a quien cupo la triste oportunidad de hallarse en el mando a la llegada del cruel "tirano", como hemos visto.

Se llamaba esta señora doña Inés de Godoy, y de ella nos informa Piedrahita en la forma siguiente:

"Era doña Inés de Godoy nieta de doña Isabel Manjarrés, madre que fué del adelantado don Pedro de Ludeña y de don Antonio de Ludeña, y por esta parte deudos muy cercanos del gobernador Luis de Manjarrés; y con orden que para ello tenía del capitán Alvaro Suárez, se llevó a la doña Inés y a doña Mencía de Figueroa, su hija, que después casó con el capitán Gonzalo Suárez Rondón, y tomada tierra en Santa Marta por este mismo año, y luego inmediatamente la posesión de su gobierno, prosiguió en él con general aceptación de los españoles y temor de los indios... Casó conforme a su calidad, y en sus sucesores se ha reconocido siempre el dictamen de mantener su nobleza en la igualdad de los casamientos que han hecho hasta los tiempos presentes" (43).

(43) FERNÁNDEZ PIEDRAHITA, *Historia General del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, 1942, t. IV, lib. XII, cap. IX, p. 292.



CAPITULO VIII

MUJERES EN NUEVA GRANADA